

¿ANGLOGLOBALISMO?

Este breve ensayo sobre una materia de tamaño amplitud está constituido en buena medida por ideas en proceso de elaboración¹. Para conseguir un ámbito de análisis manejable, estudio las obras programáticas clave de tres comparatistas occidentales, que representan a tres generaciones del pasado medio siglo: Erich Auerbach, Edward Said y Franco Moretti. Selecciono obras que secuencian lapsos de tiempo aproximadamente similares –comienzos de la década de 1950, mediados de la de 1970 y 2000–, aunque no las estudiaré en orden cronológico. A efectos de la discusión planteada aquí, la crítica hace referencia en concreto al lenguaje de los textos, mientras que la teoría se mantiene en la abstracción, a distancia. Según esta definición, mucho de lo que consideramos teoría, por ser reflexivo –buena parte de la obra de Walter Benjamin, Roland Barthes, Paul de Man, Jacques Derrida–, podría considerarse crítica.

En esta perspectiva, por lo tanto, parece claro que la globalización erosiona la crítica y favorece a la teoría. La razón de esto es la relación del inglés, como idioma de intercambio e información global, con los cientos de idiomas y culturas que la globalización pone en interacción entre sí². No soy ni mucho menos el primero en describir este complejo fenómeno, que se podría resumir como sigue:

La globalización pluraliza: abre cada cultura local, nacional o regional a otras y, por lo tanto, produce «muchos mundos». Pero estos múltiples mundos sólo se pueden conocer a través de un único medio: al igual que el dólar es el medio del comercio global, también el inglés es el medio de la cultura global, que produce «un mundo».

¹ *NLR* y el autor desean agradecer a la revista *Diaspora* su cortesía al permitir la publicación de este artículo, que aparecerá también en un próximo número especial de *Diaspora* sobre la globalización, editado por Roland Greene.

² Mi opinión a este respecto ha sido valiosamente estimulada por la obra de mis compañeros de *boundary 2*. Véase Ronald JUDY, «On the Politics of Global Language, Or Unfungible Local Value», *boundary 2* 24, 2 (1997), esp. pp. 101-104; y los artículos de Ronald JUDY, Wlad GODZICH, Joseph BUTTIGIEG y Terry COCHRAN, recogidos bajo el título «Reasoning and the Logic of Things Global», *boundary 2*, 26, 2, (1999), pp. 3-72.

El ejemplo para mi tesis procede de un brillante y estimulante artículo que me hace sentir incómodo. Lo escribió en inglés, para una revista inglesa, un erudito italiano residente en Estados Unidos. Franco Moretti, en «Conjeturas sobre la literatura mundial», propone escapar a los confines de la disciplina eurocéntrica de la literatura comparativa propia de la Guerra Fría renovando la noción de *Weltliteratur*, planteada inicialmente por Goethe en 1827 y también invocada por Marx y Engels en el *Manifiesto comunista*³. Moretti se centra en la novela moderna, como forma transculturalmente extensiva que se ha expandido desde un núcleo europeo, con el ascenso dual del capitalismo y el Estado-nación, lo cual constituye un ejemplo de la coyuntura globalmente productiva de la imprenta, el capital y la nación a lo largo de los dos últimos siglos evocada por Benedict Anderson en *Imagined Communities*.

Moretti parte de la observación de que «hoy en día la literatura que nos rodea es inconfundiblemente un sistema planetario». En una era en la que nos enfrentamos, más imperativamente que nunca, a «cientos de lenguas y literaturas», él afirma que difícilmente puede bastar sólo con insistir, como siempre han hecho los comparatistas, en que debemos leer «más». Su solución pasa de la cantidad a la calidad: no necesitamos leer más, sino trabajar con un nuevo conjunto de *categorías*. Retrotrayéndose un siglo, encuentra en Max Weber un modelo para la ciencia social interpretativa, histórica y comparativa en forma de *Geisteswissenschaft*. Weber sostenía que

No es la interconexión «real» de las «cosas» [...] sino la interconexión *conceptual* de los *problemas* lo que define el ámbito de las diversas ciencias. Allí donde se analiza un nuevo problema mediante un nuevo método, surge una nueva «ciencia».

Con la misma firmeza con que, cada uno a su manera, lo hicieron más tarde Kuhn, Foucault y Althusser, Weber resalta aquí la primacía de las formas de conocimiento, de la técnica cognitiva, y la subordinación de la materia prima. Siguiendo este modelo, Moretti sostiene que la literatura mundial no es el nombre de un objeto o una cosa sino, por el contrario, un problema –es decir, una posibilidad– que exige para su ciencia un nuevo método crítico que nunca se puede encontrar simplemente leyendo más textos. Para nacer, afirma Moretti (siguiendo a Popper), las teorías requieren «un salto, una apuesta, una hipótesis».

Moretti fundamenta su hipótesis en los estudios del sistema histórico-mundial de Immanuel Wallerstein, cuya obra ha constituido una gran inspiración y un precedente para buena parte de las actuales ideas sobre la globalización. De Wallerstein, Moretti toma tanto un modelo conceptual de núcleo y periferia –un sistema-mundo que es «simultáneamente uno y

³ FRANCO MORETTI, «Conjeturas sobre la literatura mundial», *NLR* 3, julio-agosto de 2000.

desigual— como un modo de procedimiento. Señala el aspecto que tiene la página de una obra de Wallerstein: compuesta de citas de obras de otros, que él «sintetiza y convierte en un sistema».

La lectura de segunda mano

A partir de este método, Moretti propone un programa deliberadamente escandaloso: la historia literaria debe convertirse en algo de «segunda mano». El nuevo comparativismo sintético tomará la forma de «un rompecabezas con las investigaciones de otros, *sin una sola lectura directa del texto*». Moretti se refiere aquí deliberadamente a los especialistas estadounidenses: «Estados Unidos es el país de la lectura directa». Contra el «canon extremadamente reducido» de estos expertos, él afirma que cuanto más ambicioso pueda ser un proyecto determinado en cuanto al ámbito que pretende abarcar, «mayor debe ser la distancia con el texto». El lema de Moretti es contrastar el procedimiento residual de la «lectura directa» con el proceso emergente de lo que él denomina «lectura distante». La ventaja de la lectura distante es que «nos permite centrarnos en unidades mucho menores o mucho mayores que el texto: recursos, temas, tropos; o géneros y sistemas».

Esta ambición metodológica que Moretti tiene de apartarse de la lectura directa, y por lo tanto suscitar cuestiones sistemáticas, recuerda al teórico canadiense Northrop Frye, cuya *Anatomía de la crítica literaria* empleaba la metáfora del telescopio como parte de su polémica contra la «fetichización de la obra individual» por la Nueva Crítica. Como los de Moretti, los intereses de Frye abarcaban lo transtextual en el plano general y en el particular. Lo que Moretti, en otro programa para su agenda, define como *forma* se articula en términos muy similares a lo que Frye definió como el *arquetipo*, la unidad básica de su teoría literaria. Para Frye, un arquetipo es «un símbolo, por lo común una imagen, que se repite lo suficiente en la literatura como para ser reconocible como elemento de nuestra experiencia literaria considerada como un todo»⁴. Para Moretti, «la forma es precisamente el elemento repetible de la literatura: lo que vuelve fundamentalmente sin cambios muchos casos y muchos años después»⁵.

El nuevo formalismo de Moretti, sin lectura directa, reelabora un tipo de pensamiento más conocido para los actuales estudiantes de literatura estadounidense a través de un libro esteticista y weberiano de György Lukács, *Teoría de la novela*, publicado en 1916. Lukács subtitula su obra «Ensayo histórico-filosófico sobre las *formas* de la gran literatura épica» (la

⁴ Northrop FRYE, *Anatomy of Criticism*, Princeton, 1957, p. 365 [ed. cast.: *Anatomía de la crítica*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1991, p. 483].

⁵ Franco MORETTI, «The Slaughterhouse of Literature», *Modern Language Quarterly* 61, I (2000), p. 225.

cursiva es mía), y en él no cita una palabra de su selección comparatista y multilingüe de *Don Quijote*, *Wilhelm Meister* y *L'Education sentimentale*, que juntos ocupan tres capítulos. Como Lukács y Weber, Moretti se considera un especialista en historia, y ésta es su diferencia con Frye.

En cuanto historiador, Moretti busca lo que él denomina leyes de la «evolución literaria» y propone una de ellas:

En las culturas que pertenecen a la periferia del sistema literario (lo que quiere decir casi todas las culturas, dentro y fuera de Europa), la novela contemporánea surge primeramente, no como una innovación autónoma, sino como un compromiso entre la influencia formal occidental (por regla general francesa o inglesa) y los materiales locales⁶.

Permítaseme señalar una anomalía en la formulación de Moretti, que ayuda a especificar la periodización que él hace de lo moderno. En Inglaterra, el *Joseph Andrews* (1742) de Fielding se autodefinía como una «épica cómica en prosa, escrita a la manera de Cervantes». Así que el propio núcleo moderno de Moretti ha surgido por adaptación de lo que, en una fecha posterior, se había convertido en periferia. Esta anomalía señala una cuestión más amplia sobre el uso que Moretti hace de Wallerstein. El proyecto general de éste es histórico; pero en su modelo la relación entre el núcleo y la periferia es sincrónica: sólo su relación con la periferia permite al núcleo ser núcleo, y ambos definen el sistema en un determinado punto en el tiempo. Pero en la ley de Moretti, la relación del centro con el núcleo opera por «influencia». Es decir, el centro es anterior al núcleo: lo que en Wallerstein es espacial se vuelve temporal en Moretti; y el resultado se acerca más de lo que Moretti seguramente desearía a las antiguas prioridades del comparativismo occidental y también al modelo de los estadios (*stages*) de las teorías del desarrollo.

No obstante, al citar las fuentes secundarias de las que obtiene la ley que propone, Moretti proporciona un espléndido bocado, satisfaciendo en parte la búsqueda de un comparativismo verdaderamente global:

Gasparetti y Goscolo a finales del siglo XVIII en Europa oriental; Toschi y Martí López sobre la Europa meridional de comienzos del siglo XIX; Franco y Sommer sobre la América Latina de mediados del siglo XX; Frieden sobre las novelas yídish de la década de 1860; Moosa, Said y Allen sobre las novelas árabes de la década de 1870; Evin y Parla sobre las novelas turcas de los mismos años; Anderson sobre el *Noli me tangere* filipino de 1887; Hao y Wang sobre la ficción Qing de finales del siglo XIX; Obiechina, Irele y Quayson sobre las novelas de África occidental escritas entre la década de 1920 y la de 1950 (más, por supuesto, Karatani, Miyoshi, Mukherjee,

⁶ F. MORETTI, «Conjeturas sobre la literatura mundial», cit., p. 68.

Even-Zohar y Schwarz). Cuatro continentes, doscientos años, más de veinte estudios críticos independientes, y todos ellos coincidían⁷.

Para Moretti es importante que estos estudiosos sean «independientes», que cada uno desarrolle directamente sus tesis a partir de los materiales limitados de que disponen. En la división del trabajo intelectual planteada por Moretti, cada especialista en un único idioma lee los textos en ese idioma, pero no lee a los estudiosos de otros idiomas; y sólo el comparatista lee a todos los estudiosos.

Al elaborar las implicaciones de este modelo evolutivo, Moretti considera un tercer término, que le permite definir mejor las relaciones entre los estudios comparativos y los literarios. El modelo de evolución de la novela moderna basado en el concepto de centro-periferia se manifiesta en tres componentes interrelacionados: «argumento extranjero, personajes locales y lo más inestable, la *voz narrativa local*». Pero, señala Moretti, para analizar esta voz narrativa local hace falta una «competencia lingüística»; y, como materia de la lectura directa –es decir, en los términos de mi discusión, *crítica*–, cae fuera del ámbito de la literatura comparativa. De esa forma se ha demarcado una esfera específica para el estudio nacional, un lugar para la crítica. Pero ¿es un lugar con futuro?

Cambiando de la nación al punto de vista del proyecto disciplinario de la literatura comparativa, lo interesante del artículo de Moretti es que sostenga que lo que ésta necesita es *perder* su dependencia de la lengua, dejar eso a las literaturas nacionales. Hoy en día los comparatistas saben que el modelo de competencia lingüística dominante desde la Segunda Guerra Mundial hasta la década de 1980 ya no es aplicable: el griego, el latín, el francés y el alemán ya no son los cuatro puntos de apoyo de la estructura. En el debate publicado por el Informe Bernheimer de 1993, «Comparative Literature at the Turn of the Century» [«La literatura comparativa en el cambio de siglo»], se ofrecieron muchas propuestas divergentes sobre cómo abordar una nueva política idiomática global⁸. Moretti se ofrece a cortar el nudo gordiano.

Pero el artículo de Moretti trata la lengua sólo en el plano abstracto. Pasa por alto el verdadero papel del inglés en la globalización contemporánea, aun cuando este idioma es el medio capacitador crucial que le permite estudiar todos estos continentes y años. Porque de los veinte críticos citados por Moretti, uno está citado en castellano, uno en italiano y dieciocho en inglés. La impresionante diversidad que supone estudiar unas veinte literaturas nacionales se reduce a poco más que un único medio

⁷ *Ibid.*, pp. 69-70. Los escritores incluidos entre paréntesis ya se habían analizado.

⁸ Charles Bernheimer (ed.), *Comparative Literature in the Age of Multiculturalism*, Baltimore, 1995. Véanse también los comentarios de las páginas 55, 62, 66, 110, 113, 130, 135, 145, 160, 178, 196.

por el cual es posible conocerlos. El inglés en la cultura, como el dólar en la economía, sirve de medio a través del cual el conocimiento se puede traducir de lo local a lo global.

La atención puramente abstracta que Moretti dedica a la cuestión de la lengua en la globalización —específicamente, el que no resalte y problematice el papel del inglés— no es algo que haga exclusivamente él. El ambicioso análisis político de la globalización realizado por Antonio Negri y Michael Hardt, *Empire*, nunca, en la medida en que mi atención es digna de confianza, menciona la lengua inglesa, ni siquiera en un pasaje que define la «comunitaridad radical y profunda», históricamente sin precedentes, «en la que participamos hoy en día», un «mundo productivo» que está «compuesto de comunicación [...] y lenguajes comunes». En el mundo delineado por Hardt y Negri, «la comunicación se ha convertido cada vez más en el tejido de la producción» y, por lo tanto, «el control sobre el sentido y el significado lingüísticos [...] se convierte en una cuestión cada vez más fundamental para la lucha política». En un momento de esperanza apocalíptica como el que se podría encontrar en Blake o Shelley, en el que la «comunidad humana» se constituye en «Orfeo multicolor de infinito poder», el clímax toma la forma de «Pentecostés secular»: «los cuerpos se mezclan y los nómadas hablan una lengua común»⁹. Pero no se dice una sola palabra del inglés global, ni siquiera presentándolo como lo que Frye denominaría la parodia demoníaca de esta esperanza de felicidad. ¡Eso es teoría!

La expansión de lo conocible

He comparado el proyecto de Moretti con el de Northrop Frye; otro paralelo no reconocido de mediados de siglo se acerca todavía más, porque el artículo de Moretti actualiza el problemático artículo escrito por Erich Auerbach en 1952 «Philologie der Weltliteratur». (Afirmaciones alternativas sobre los mismos temas aparecen en la introducción de Auerbach a *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*¹⁰.) En esta obra, Auerbach se define tanto en relación con su inspiración, los *Principios de una ciencia nueva* de Giambattista Vico (1725), como con los filólogos alemanes especializados en lenguas romances de principios del siglo xx, contemporáneos suyos, especialmente Leo Spitzer, Ernst Robert Curtius y Karl Vossler. A partir de la definición que Vico hace de la filología, rastrea el lugar de ésta en la cultura alemana como *Geistesgeschichte*, que tiene como tema de estudio la «humanidad». Auerbach reconoce que

⁹ A. NEGRI y M. HARDT, *Empire*, Cambridge, Massachussets, 2000, pp. 302, 440, 362 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002].

¹⁰ ERICH AUERBACH, «Philology and *Weltliteratur*» (1952), traducido al inglés por Edward y Maire Said, *Centennial Review* 13 (1969), pp. 1-17; *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*, Barcelona, Seix Barral, 1969.

su obra se sitúa en un momento determinado de la historia –lo que él denomina «nuestro tiempo», los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial– definido por la obsolescencia de la cultura europea que constituyó durante siglos el horizonte de la erudición y la especulación: «la civilización europea está cerca del límite de su existencia; su propia historia, reducida a sí misma, parece consumada; su unidad parece preparada y a punto de sucumbir ante otra unidad que opera en un radio más amplio». Esta «civilización en toda la Tierra» es tan general que cualquier incursión radicalmente innovadora «tendría que venir de otro planeta»¹¹.

Debido a la «cantidad aplastante de material» asociado con esta nueva oportunidad de conocimiento, «una vida humana no alcanza para llegar, mediante el acopio de conocimientos con pretensión de perfección, a una síntesis». En este nivel de la formulación, Auerbach parece menos optimista que el Wallerstein de Moretti. Como base para producir el conocimiento contemporáneo, Auerbach propone, en lugar de un sistema, nada más que una «receptividad ametódica». Para Auerbach, este esfuerzo exige ante todo determinar lo que él denomina un «punto de partida» (*Ansatzpunkt*) que permita la práctica de su método que, como el de Moretti, tiene ambición histórica. Esto significa lo siguiente: «no me aproximo al texto como algo particular, ni sin ideas previas; yo le dirijo una pregunta, y esta pregunta, no el texto, es el punto de partida principal»¹². Esto en la práctica parece acercarse al Weber de Moretti, pero el nivel de ambición de síntesis es inferior: ni ciencia ni leyes.

Mi propósito al proponer a Auerbach es en primer lugar sugerir que los problemas que él y Moretti contemplan son prácticamente los mismos: la expansión de lo conocible producida por la aparición de una literatura de ámbito verdaderamente mundial, y la necesidad de desarrollar nuevos procedimientos de conocimiento que reconozcan la imposibilidad de conocerlo todo, de leer lo suficiente; lo cual, por lo tanto, debe definir puntos imaginativamente encuadrados de entrada en los materiales para hacer posible la investigación histórica. Parece que el fin de la Segunda Guerra Mundial ofreció a algunos individuos un momento de visión global –al mismo tiempo unificadora y abrumadora– que enseguida se cerró en la binaria Guerra Fría; y que en la década de 1990 lo global ha reemergido de la manera más obvia. Auerbach parece clarividente al definir la globalidad: aparentemente su erudición, combinada con la situación marginal de judío en su Alemania natal, su posterior exilio a Turquía y la emigración a Estados Unidos le proporcionaron una perspicacia poco habitual. Sus reflexiones son resueltas pero nostálgicas. Por el contrario, el problema que Moretti esboza es ahora familiar; la novedad procede de la solución que él presenta y de la euforia transgresora de la misma.

¹¹ E. AUERBACH, *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la Edad Media*, cit., pp. 20, 10 y 25.

¹² *Ibid.*, pp. 22 y 24.

Como hemos visto, Auerbach conecta a su maestro Vico con las tradiciones germánicas de *Geistesgeschichte*, permitiéndonos situar a Vico en el mismo espacio intelectual que el definido por la defensa que Moretti hace de Weber. Pero Vico era filólogo y Weber positivista. La tensión entre la filología y el positivismo (Vico y Weber, Auerbach y Moretti) quizá sea mayor de lo que esta aparente asimilación podría indicar. Ciertamente lo es, creo, en el plano del lenguaje, que es donde yo sitúo la tensión entre la crítica y la teoría. Para Auerbach, responder a las cuestiones que él plantea a sus textos requiere una lectura atenta de los mismos. Es decir, Auerbach practica la crítica, Moretti la teoría. En el siglo XIX, la tensión entre la filología y el positivismo se hace evidente en Nietzsche. En nuestra época, esta tensión se podría encontrar en un antiguo colega de Moretti y admirador de Auerbach, Edward Said, que colaboró en la traducción al inglés de «*Philologie der Weltliteratur*» y que en *Beginnings: Intention and Method* desarrolló un uso independiente, influyente y todavía innovador de Auerbach y Vico que avanza en una dirección muy diferente a la de Moretti. Mientras que éste libera la tensión presente en Auerbach en nombre de un formalismo abstracto, Said valora a Vico por el contrario por «su terco hábito, en cuanto filólogo, de obligar a las palabras a volver a la desordenada realidad de la que, debido a sus usos humanos, necesariamente emanan»¹³.

Tres puntualizaciones en *Beginnings: Intention and Method* ofrecen una perspectiva controvertida de la problemática que yo he definido. En primer lugar, la caracterización hecha por Said, hace unos veinticinco años, de las complicadas relaciones entre el conocimiento y la traducción:

Esperamos que el alumno formado en literatura tenga un ligero conocimiento de las «humanidades» –en traducción– pero una insistente percepción de otros conocimientos, paraconocimientos, que él da por supuesto que están naturalmente situados junto a la literatura y de alguna manera influyen en ella.

Y respecto a los profesores,

nuestro destino como estudiosos hoy en día es precisamente el de nuestros alumnos, porque ¿cuántos de nosotros pueden hacer filología clásica? Como mucho aprendimos griego o alemán para aprobar exámenes de lectura, y para la mayoría de nosotros la filología románica era algo sobre lo que leíamos mientras tomábamos cursos de lectura rápida del francés o del italiano. La librería, con estante tras estante de obras traducidas (Freud, Nietzsche, Proust, Hesse, Baudelaire), nos acerca más y más rápido al mundo del conocimiento que cualquier otro medio fácilmente accesible¹⁴.

¹³ Edward SAID, «Introducción» a *Reflections on Exile and Other Essays*, Cambridge, Massachusetts, 2001, p. XXI.

¹⁴ Edward SAID, *Beginnings: Intention and Method*, Nueva York, 1975, pp. 7-8.

Aunque aquí no se especifica el inglés, el hecho de que el libro esté dirigido a un público universitario estadounidense deja claro a qué idioma se está traduciendo todo este material.

La segunda puntualización procede de la interpretación que Said hace de Vico, la cual presenta de éste una figura menos teórica y más radicalmente crítica que el Vico de Auerbach. Said resalta «la obsesión de Vico por los detalles», su tendencia «a apartarse de los métodos esquemáticos que podrían derivarse de su texto»:

Por el contrario, era partidario de la generalidad del ámbito de estudio, las comparaciones amplias, el amor al detalle unido a grandes principios universales, todo ello pensado para cargar los esquemas más allá de la utilidad. La fuerza de la retórica de Vico siempre nos aparta del método, racionalistamente considerado, para acercarnos al conocimiento como patetismo, invención, imaginación, con sus trampas no esclarecidas. Y tal ruta devuelve al lector, como lo hace Vico, al lenguaje, que es donde Vico nos enseña siempre a comenzar¹⁵.

Esta figura de Vico recuerda gestos del admirado profesor de Said, R. P. Blackmur, cuyas lecturas, ahora clásicas, de la literatura contemporánea demostraron, especialmente en Yeats y Joyce, los esquemas metodológicos y después, en el plano del lenguaje, la caída de éstos en un acierto y una intuición inesperados. Para Said, Blackmur ejemplifica fundamentalmente «la paradoja de que lo que la crítica insta o dicta no debe, de hecho no puede, duplicarse, reproducirse, reutilizarse como lección aprendida y posteriormente aplicada»¹⁶. Esto significa que, para Said, el estudioso no puede surcar las crestas de las notas a pie de página que respaldan al Wallerstein de Moretti. Para Said lo real de los textos se resiste a ser convertido en factual.

¿Un imperialismo encubierto?

Concluyo con una agenda que Said definió en 1975 y que su propia obra no ha cumplido por completo, pero que ciertamente comenzó en su primer libro sobre Joseph Conrad. En mi opinión sigue siendo la principal tarea de los estudios literarios comparativos, tanto porque transforma el estudio del inglés como porque aborda las actuales condiciones de la literatura mundial en un estado de globalidad:

la cuestión formal y psicológica de la interdependencia de los enfoques literario y sociológico a la hora de comprobar que el inglés [...] es a un

¹⁵ *Ibid.*, p. 368.

¹⁶ R. P. BLACKMUR, *Language As Gesture*, Nueva York, 1952 (sobre Yeats); *Eleven Essays in the European Novel*, Nueva York, 1964 (sobre Joyce). Véase también E. Said, *Reflections on Exile*, cit., pp. 246-267.

tiempo una lengua nacional y mundial (para algunos escritores la primera y para otros la segunda lengua)¹⁷.

Me preocupan diversos rasgos que encuentro en el enfoque que Moretti presenta del problema de la globalidad para el estudio de la literatura mundial: el no reconocido imperialismo del inglés; el menosprecio de la crítica basada en la lengua, a favor de un esquema maestro monolingüe. Contra esto, me atrae profundamente la preocupación de Said por lo idiosincrásico y lo particular. Pero también me preocupa su modelo de virtuosismo, un modo de actuar [*performance*] que no se puede enseñar ni imitar y que puede hacer creer que aísla al crítico tan irrevocablemente como el nuevo modelo crítico aisló al texto. La obra inmensamente valerosa e influyente de Said como intelectual público se opone a este peligro de aislamiento, contra el que él mismo ha advertido repetidamente, quizá debido a las profundas tentaciones que presenta¹⁸.

Moretti ha desarrollado una prosa deliciosamente elegante e ingeniosa, pero sus ambiciones intelectuales, en oposición a las estéticas, parecen las de un profesor alemán de los viejos tiempos: dirigir un equipo de investigación, encabezar un conjunto de manos especialistas. Lo raro y maravilloso que esta ambición ofrece a las humanidades literarias es su capacidad de potenciar y estimular la empresa de colaboración, un verdadero compartir en el que la obra de uno de los colaboradores significa realmente algo para los demás, porque confirma o rechaza las hipótesis y síntesis presentadas por el comparatista. Ésta es la dimensión utópica del Centre for the Study of the Novel (Centro para el Estudio de la Novela) recientemente creado por Moretti en Stanford¹⁹. Los lectores leen atentamente en los diversos idiomas del mundo y presentan sus resultados al sintetizador global, que se convierte en el *maestro di coloro che sanno* («maestro de los que saben»). Al apropiarme del elogio que Dante hace a Aristóteles, y cambiarlo, termino con una pregunta: ¿qué significa que quienes saben no sean sus propios maestros?

La crítica basada en la lengua, residualmente familiar en el ámbito académico estadounidense, emerge de una profunda historia, pero en realidad existe desde hace poco tiempo. Porque ésta es una crítica *literaria* y, por lo tanto, coexiste con la moderna percepción de la literatura, la cual tiene tan sólo dos siglos. Con sus diferentes estilos, Platón y Aristóteles

¹⁷ E. SAID, *Beginnings: Intention and Method*, cit., p. 380; véase también su obra *Joseph Conrad and the Fiction of Autobiography*, Cambridge, Massachusetts, 1966.

¹⁸ Véase, por ejemplo, Edward SAID, «Reflections on American "Left" Criticism», *boundary 2*, 1978, y la introducción a *Reflections on Exile*, cit., pp. xvii-xx, donde lamenta cuántos de los grandes escritores sobre cultura occidentales del siglo xx «han erigido inmensos baluartes teóricos y formales» contra la experiencia de la historia.

¹⁹ Mis propias esperanzas de compartir mi trabajo se especifican en «Shop Window or Laboratory: Collection and Collaboration in the Humanities», en *The Politics of Research*, George LEVINE y E. Ann KAPLAN (eds.), New Brunswick, 1997.

practicaron algo que reconocemos como teoría, pero no un análisis de autores u obras basado en la lengua. Las destrezas de lo que finalmente se convertiría en esa crítica literaria emergieron primero y se elaboraron durante mucho tiempo en el análisis retórico y en la exégesis religiosa. Cuando ambos se unieron en la filología clásica, en la Alemania de finales del siglo XVIII, era el momento de la explosiva emergencia nacionalista. La crítica lingüística de las literaturas modernas surgió y floreció con el Estado-nación contemporáneo. El artículo de Moretti reconoce tácitamente esta historia, pero no contesta a la otra pregunta planteada por la globalidad de la literatura mundial y el lugar cada vez más pequeño que ocupa en nuestra época el Estado-nación: ¿qué puede deparar el futuro a un modo de actuación crítica que está perdiendo su base física? ¿Debe aprender el arte de la diáspora?